

ALBERTO
CAVILLA PEÑALVER



LA
VENGANZA
DEL
COLIBRÍ

Un adictivo *thriller* que bucea en las sombras
de la sociedad rural española de mediados del siglo xx.

Alberto Cavilla Peñalver
La venganza del Colibrí



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Alberto Cavilla Peñalver, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avinguda Diagonal, 662, 6.^a planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta: © Lee Avison / Trevillion images y Shutterstock
Primera edición en Colección Booket: junio de 2022

Depósito legal: B. 8.515-2022

ISBN: 978-84-08-25872-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Antonia, la forastera. Verano de 1953

Desde las ventanillas del Ford color guinda, el paisaje se divisaba pedregoso, enjuto y árido. La agrietada tierra mostraba sin pudor una multitud de hierbas amarillentas que forcejeaban con el viento. Parecían resistirse a morir. Restaban quince kilómetros para llegar al pueblo. Tan solo quince, después de cuatrocientos dieciocho tortuosos y eternos kilómetros.

Diez días antes, tras cuatro años de relaciones, Antonia y Alfonso habían contraído matrimonio en la Basílica de Nuestra Señora del Prado, una pequeña ermita a la que Felipe II había denominado en su día «la reina de las ermitas». La ceremonia la ofició don Genaro, un orondo sacerdote de áspera voz y avanzada edad, amigo de la familia de la novia. La homilía, en torno a la fiesta de las bodas de Caná, comenzó con una clara alabanza al papel de la mujer en el seno de la familia. «Papel decisivo e insustituible», aseguraba don Genaro con énfasis. Después adoctrinó sobre la necesidad de sumisión al esposo; sin ella, el matrimonio no funcionaría. El objetivo: alcanzar el beneplácito y la protección del Espíritu Santo. Finalmente, escupió una enardecida reprimenda, sin piedad ni perdón, a la promiscuidad no bendecida, a los homosexuales y a los rojos, a quienes otorgó el título de «es-

clavos del diablo». La comida en el Casino colmó los estómagos de doscientos invitados, la mitad de ellos familiares de los cónyuges.

Fermín conducía el vehículo con la parsimonia que esclavizaba lo firme de la calzada. Cincuenta y cinco años en un cuerpo curtido por el sol y muchos lustros trabajados como labrador, con diez años ya había conocido con creces cuánto pesaba un azadón y cuán dura era la tierra. Su rostro, arrugado, mimetizaba los surcos de esa tierra que tantas y tantas veces había sudado. Aparentaba más edad. Hacía cuatro años que el patrón, don Sebastián, padre de Antonia, lo había empleado como chófer suyo (una progresiva artrosis había deformado irremediablemente sus manos y le impedía conducir). Fermín era leal, un buen hombre. Y ello a pesar de haber sido republicano y comunista, aseguraba don Sebastián, convencido.

Fermín le había salvado de un fusilamiento seguro. Sucedió un día de aquellos tres años donde los hombres y mujeres se sumían en el caos de la perfidia, el rencor y las venganzas personales. Los chivatazos y las fabulaciones provocaban muertes. Tan solo algunos buenos hombres aplicaban sus golpeadas conciencias en salvar vidas y algo de la maltrecha justicia. Fermín fue uno de ellos. Comunista hasta la médula, intercedió por él; logró que no le arrojaran a la cuneta con un tiro en la sien. Don Sebastián no lo olvidó jamás. Después de la temida victoria, y en justa correspondencia, hizo lo mismo y salvó su vida de las hordas vengativas fascistas.

—Ya queda poco para llegar, señorita —sentenció Fermín sin apartar la vista de la carretera.

—Gracias a Dios, Fermín. Creo que no podría resistir más tiempo. Estoy entumecida —se lamentó Antonia dirigiendo la mirada a su marido, que a su lado contemplaba los acebuches a través de la ventanilla.

—No es para tanto, mujer. Al fin y al cabo, han sido ocho horas más o menos..., pero sentada —bromeó Alfonso sin apartar la vista del paisaje.

La mujer hizo un esfuerzo por sonreír. Miró su reloj de

pulsera: las ocho horas y treinta minutos de la tarde. El calor había cedido tímidamente. La ventanilla abierta regalaba un aire menos ardiente que el de horas antes. El olor a estiércol lo invadía todo, sobreponiéndose a cualquier otro.

—¡Mira, Antonia! Allí se divisa el campanario de la iglesia —espetó su esposo señalando con su índice más allá del parabrisas del coche—. ¡Ya estamos en casa!

A lo lejos, en el campanario, dos enormes ventanas redondas, iluminadas, parecían los ojos abiertos de un búho acechando una presa. La bocina del automóvil insistía precavida a cada curva o recoveco angosto del trayecto. La entrada a una calle larga y empedrada provocaba tumbos exagerados que golpeaban los ya doloridos riñones de los ocupantes del coche. Tras recorrer un par de ellas, Fermín detuvo el Ford frente a un enorme portal de un indescifrable color oscuro que aparentaba haber sido pintado hacía años.

Una puerta accesoria de una de las alas del portal cedió con timidez. Tras ella apareció la silueta de una joven flaca, enfundada en un delantal con pechera de color gris. Era Consuelo. Había sido contratada para servir en la casa. Consuelo decía haber cumplido los veinte años hacía escasos días. Lo cierto era que, a pesar de que su edad sería siempre una incógnita, incluso para ella, en aquellos momentos no aparentaba alcanzar ni los diecisiete. Toda ella era pequeña. Unos ojos negros, nerviosos y vivarachos, latían en un rostro feúcho. Se apresuró en abrir la puerta del vehículo al tiempo que saludaba al hombre que salía de él.

—Buenas noches, señorito Alfonso.

—Hola, Consuelo, ¿cómo estás? Mira. Es mi esposa, la señorita Antonia...

—Buenas noches, señorita. Consuelo, para servirla. —La saludó estrechando la mano que le ofreció la forastera, al tiempo que su pequeño cuerpo llevaba a cabo una suave inclinación.

—Encantada, Consuelo —respondió sonriente esta.

La mujer traspasó lentamente el umbral de la casa, seguida por Alfonso, mientras Fermín y la joven sirvienta portaban

las maletas hacia el interior. Un reconfortante frío contrastaba y aliviaba el calor de la calle. El zaguán era fresco y olía a flores. Un ramo de nardos en un jarrón sobre un arcón de madera vieja embriagaba de perfume el ambiente. Antonia se estremeció sin saber por qué. Dos columnas pintadas, imitando las vetas de un mármol falso, flanqueaban una puerta con cristalera que daba paso a un generoso distribuidor. En él, sobre un banco de respaldo barroco, la pared de muro se adornaba con unos baldosines enmarcados en una filigrana de metal, pintada de negro. En ellos se leía una leyenda: «Dios bendiga cada rincón de esta casa». Otras dos columnas, de un mármol igual de falso que las anteriores, sostenían la barandilla de una escalera que conducía hasta el doblado.

—Necesito un vaso de agua. Estoy sedienta —rogó mientras contemplaba un techo abovedado del que pendían unos gruesos ganchos de hierro.

La pequeña estancia contigua al distribuidor concluía en una puerta de arco con dos grandes alas acristaladas. A través de ella, la visión ofrecía un patio interior con un arriate colmado de helechos, pitas y pilistras. El agua fresca dejaba un suave sabor a barro. Dos cántaras en un rincón, entre muros de la despensa, garantizaban el frescor. A diario se reposaban en la fuente de una diminuta plaza del pueblo. La vivienda carecía de agua potable.

—¿Te gusta la casa? —le inquirió su esposo.

—La imaginaba diferente, no sé. Es grande. Muy grande y destartalada.

—Te acostumbrarás a ella, seguro que sí. Es una gran casa en el pueblo, Antonia.

—Sí, seguro que lo es, pero la imaginé tan distinta...

Continuaron el recorrido, habitación por habitación... «Una casa grande no es una gran casa», pensó Antonia, trasladándose mentalmente por unos instantes a la de sus padres, un noble edificio del siglo xvi enclavado en el centro de la ciudad de Talavera de la Reina. La imagen del enorme zaguán revivió los recuerdos. En ellos habitaban muchos días de ocupación por una compañía de las tropas naciona-

les sublevadas. El caserón había dado cobijo a setenta soldados y a dos oficiales, quienes llenaron toda la planta baja, diáfana.

Recordó, con la indestructible nitidez con que se graban los acontecimientos trágicos, los colchones esparcidos por el suelo cubiertos de mantas ajadas que daban asilo a cientos de chinches invisibles. El capitán Gutiérrez del Valle era el oficial de mayor grado. Un hombre de familia refinada a quien la guerra había transformado en militar. Los ojos claros, rodeados de un halo oscuro, y un bigote a lápiz dibujaban un rostro de expresión serena. Siempre se acompañaba de Rafael, un joven alférez bien trazado, a quien la gomina en el cabello no abandonaba en ningún momento. La hermana pequeña de Antonia, María, con quince años, se enamoró perdidamente de este último. Y el joven alférez, de ella.

Con frecuencia, don Sebastián invitaba a los dos oficiales a comer o cenar con la familia, hasta que se percató del enamoramiento de los jóvenes. Miradas de intenciones furtivas entre ambos delataban una situación que el padre no toleró. A partir de entonces, la cercanía entre los oficiales y la familia quedó prohibida y María, recluida entre las paredes del piso alto de la casa. Tan solo en contadas ocasiones, y bajo la vigilancia de una carabina, salía a pasear por los Jardines del Prado y a rezar en la ermita. Pero la pasión de los jóvenes, más pertinaz que la temida orden paterna, los acercaba en breves escapadas gracias a la complicidad de la férrea vigilancia, que a veces se resquebrajaba de manera intencional. Los días pasaron y la compañía marchó, dejando tras ella un zaguán lleno de suciedad y a una joven que lloraba la ausencia del oficial. La familia jamás volvió a saber de ellos. María tampoco. Alguien comentó, años después, que habían desaparecido tras una emboscada de los milicianos.

—Señorita, he preparado una habitación para el chófer. Me dijo el señorito Alfonso que pasaría la noche en la casa.

La recién llegada asintió sin mediar palabra. En la co-

cina, el olor a sopa y a hierbabuena abrigaba todos los rincones. El hueco de la enorme chimenea de pared se adornaba con gruesos leños, a la espera del frío invierno extremeño. Determinaron no estrenar el flamante comedor, cuyo mobiliario estaba recién comprado. En aquella ocasión, cenarían en la cocina. Una mesa en el centro, de madera rubia y desgastada, crujía inestable sobre sus patas. «La mesa ya estaba en la casa cuando el señorito Alfonso la compró —justificaba Consuelo—, habrá que arreglarla.»

Rozar las sábanas frías fue lo más gratificante de la noche. Los gruesos muros de la casa batallaban con el despiadado calor de la calle y siempre salían victoriosos. El destartado dormitorio, al menos, aseguraba el frescor.

—Mañana vamos a La Torre. Comeremos allí con mis padres. Mi hermano y su mujer también estarán. Seguro que algún primo más nos acompañará.

Antonia escuchaba a su esposo tumbada en la cama mientras escudriñaba la habitación en las sombras, forzando la mirada para descubrir las siluetas en el techo cubierto de rosetones y flores de escayola.

—¿Está muy lejos de aquí la finca? —preguntó en un susurro.

—No demasiado. Un paseo caminando, pero con este calor... le diremos al chófer que nos acerque antes de marcharse, si te parece.

—Me parece —sentenció, cerrando los ojos, cansados de adivinar formas en el techo que desaparecían en la oscuridad.

—¿Quieres dormir? —le preguntó Alfonso en un tono que no disimulaba sus intenciones.

—Estoy agotada, de veras. Además, no me siento segura, aún. Hace unos instantes me pareció oír ruidos, pasos cerca de la habitación...

—Será Consuelo. Estará ordenando cosas o recogiendo la cocina antes de dormir. Aquí en la casa, por el momento, solo estamos nosotros y ella —la tranquilizó.

—Claro. Pero necesito algún tiempo y acostumbrarme a los ruidos... Mañana será otro día.

—Mañana será otro día —repitió él resignado—. Que descanses.

No hubo contestación. El sueño provocó un absoluto silencio.